

Entrevista a Heiner Flassbeck



Puente @ Europa (P@E): Hay varias formas alternativas de interpretar y, por lo tanto, de sugerir cambios a las políticas de bienestar. Éstas se vinculan con sus diferentes objetivos -que luego se convierten en criterios para juzgar su relevancia: protección social *versus* redistribución de ingresos, creación de mercado *versus* corrección del mercado, eficiencia *versus* equidad. ¿Hay una división izquierda-derecha en las formas en las que se construyen las discusiones sobre las políticas o se trata más bien de una cuestión de división disciplinaria? ¿Hay alguna forma de reconciliar estas dicotomías?

En Europa, la división entre la izquierda y la derecha sobre la cuestión de la política social casi ha desaparecido. Aun los socialdemócratas están convencidos de que, principalmente como consecuencia de la globalización y del envejecimiento de la población, el estado de bienestar tradicional debe ser desmantelado o, al menos “reformado” dramáticamente, para que sea capaz de enfrentar los desafíos que se vislumbran: preservación de la competitividad y un cambio estructural mucho más acelerado. En Alemania, por ejemplo, no sólo los principales partidos políticos, sino casi todos los académicos pertenecientes a todas las ramas de las ciencias sociales están convencidos de que los logros del estado de bienestar están en peligro como consecuencia del ingreso al mercado mundial de países con bajos salarios, a pesar del hecho indiscutible de que Alemania es una de las economías más competitivas del mundo.

P@E: El bienestar es uno de los diez indicadores primarios establecidos por la Unión Europea para medir el cumplimiento de la Estrategia de Lisboa. El mismo está construido en torno a cuatro ejes: ingreso, empleo, educación y salud. ¿Piensa Ud. que éste es un camino viable para escapar de las discusiones metodológicas? ¿Cuál es, en su opinión, el eje más relevante?

A la luz de lo anterior y del espíritu que domina a la Comisión Europea, no veo que una reactivación del estado de bienestar sea parte de la Estrategia de Lisboa. Es justamente al revés: poniendo el foco sobre la “competitividad europea” y el cambio estructural, los instrumentos clásicos del viejo estado de bienestar son denigrados y reemplazados por la vieja ficción de que “lo que es bueno para el mercado es bueno también para el bienestar”. Esto es una lástima. En el pasado, Europa ha demostrado que un buen desempeño económico y un estado de bienestar viable pueden ir de la mano. Hay una amplia gama de políticas de bienestar sensatas en todos los países del mundo, en las áreas de distribución del ingreso, en educación y, en particular, en el sector de la salud. Europa, con su fijación ideológica en las reformas micro y su desdén hacia las opciones de política macroeconómica entra en el juego de aquellos que intentan “matar de hambre a la bestia”¹ pero terminan matando de hambre a toda la economía.

P@E: Hay un área en la que la lucha contra la pobreza parece co-

incidir con las políticas de bienestar que hacen referencia a los ingresos: las pensiones. Por lo tanto, las pensiones pueden constituir un campo de análisis comparativo entre Europa y América Latina muy interesante. ¿Coincide Ud. con la utilidad de esta comparación, aun cuando el grado de desarrollo económico es distinto?

Seguro, la lógica de ambos sistemas es similar más allá del país en el que se aplican. En mi opinión, en Europa podemos aprender mucho tanto de las experiencias latinoamericanas como de las que provienen de otras partes del mundo. Mucha gente en Europa todavía cree que pasar de un sistema público de reparto a un sistema completamente de capitalización ofrece una solución milagrosa para tratar el problema del envejecimiento. En primer lugar, esto no es cierto. La mayor carga que implica el envejecimiento para la generación futura no puede eliminarse mediante un artificio financiero, porque no hay forma de transferir ahorros monetarios al futuro, sino solamente ahorros reales, es decir, inversión en capital fijo. Peor aún, mayores ahorros monetarios en el presente significan menos inversión en ese sentido. Adicionalmente, muy poca gente comprende que, una vez realizada, la transición de un sistema a otro implica una deuda gubernamental mucho mayor por un período de tiempo muy largo, si quiere evitarse que caigan en la pobreza quienes contribuyen al nuevo sistema.

P@E: Este número incluye un artículo que hace referencia a la privatización del sistema de pensiones en Chile. Sus conclusiones respecto a los resultados y la viabilidad de la reforma son negativas. ¿Está Ud. familiarizado con ensayos similares en otras partes del mundo? ¿Cuáles fueron sus resultados? ¿Qué significado tienen para Europa?

Muchos países de Europa Oriental intentaron resolver cualquier tipo de problema en su sistema de pensiones -inducido, por ejemplo, por colapso económico y generosas donaciones a ciertos grupos- pasando de un sistema público de reparto a uno de capitalización. Los resultados dan que pensar. En Kazajstán, donde fui asesor del gobierno por mucho tiempo, el único resultado tangible de dicha reforma ha sido el crecimiento de la deuda del gobierno y los beneficios crecientes para los fondos privados de inversión -que no hicieron más que canalizar los pagos, que en el viejo sistema contribuían directamente a la cartera de pensiones del gobierno, nuevamente hacia el gobierno comprando bonos gubernamentales como principal actividad de inversión.

Nota

¹ El término original en inglés es “starve the beast”. Hace referencia a una política de disminución del déficit público a partir de la reducción de los gastos del gobierno, en especial en las áreas sociales (Nota del Coordinador Editorial).